



D. CARLOS

UDARCA,

Y

DOÑA ISABEL DE CONTRERAS.

PRIMERA PARTE.

Rompa mi voz el silencio
de esa fulminante esfera,

para dar claras noticias,
atencion que ya comienza



lo rústico de mi ingenio,
y lo torpe de mi lengua,
à referir por extenso
el amor de una doncella,
en la ciudad mas illustre,
que à toda España rodea.
En este presente año
de setecientos y treinta,
en la insigne Zaragoza,
apacible, amena, y fresca,
vivía don Agustín
con su esposa doña Andrea.
Dióles el cielo una hija
tan hermosa, que se lleva
la gala de las mugeres,
porque Cupido con quejas
en sus dos hermosos ojos
le quiso poner dos flechas,
siendo sus cejas dos arcos,
que vencedoras penetran
el corazon de los hombres,
pues à quantos mira, dexa
de el amor arrebatados
aquesta hermosa Minerva;
pero voy á la sustancia
y digo que aquesta prenda
apenas cumplió tres lustros
de su edad florida, y bella,
se pagó de un caballero
de la ciudad de Valencia,
que por no sé que motivos
está ausente de su tierra,
y apenas que lo han sabido
sus padres, casarla intentan
con un primo de esta niña,
que es mayorazgo en su tierra,
mas ella, que lo ha sabido,
à su amante le escribiera
diciendo: señor don Carlos,

sabrá su merced por esta,
como mis padres me casan
violentada de manera
que si usted no ha de casarme
me daré la muerte fiera
à el silencio de un veneno,
ó à lo recio de una cuerda:
no haya falta, dueño mio,
mira que el plazo se acerca,
quien mas te estima, y adora,
doña Isabel de Contreras.
Con esto cerró el villete
y se lo dió à una tercera,
que se lo lleve à don Carlos
el qual en verle se alegra,
y le dice à la criada:
diga usted que se prevenga
que en aquesta misma tarde
le he de sacar porque sepan,
que soy don Carlos Udarca,
caballero de Valencia,
que lo he de hacer con las manos,
como lo dice la lengua.
Y vistiendose à el instante
calzon, colete, y montera,
dos pistolas, y una espada
y un trabuco que se lleva
el porte de una naranja
la vala, que dentro encierra,
y montando en su caballo
con dos cortas escopetas,
iba mas galan que el sol,
y mas fuerte que una piedra.
A la calle de su aurora,
llegó, y haciendo una seña
la dama que está en aviso,
baxó por las escaleras,
mas à el salir à la calle,
la desgracia que lo ordena,



que se encontró con su padre y de la pólvora perversa
y su primo que le cercan de aquellas furiosas balas,
diciéndole: ¿A dónde vas? que cinco vidas se llevan,
y ella respondió ligera dexando à el corregidor
à recibir à mi dueño, el cuerpo sin la cabeza.
con esto el primo se alegra. Hizo despoblar la calle,
Estando en estas razones, y queriendo salir de ella,
don Carlos tocó à la puerta, nueve soldados le embisten,
y el padre que anduvo pronto, y toda la parentela
tiró del pestillo, y entra de aquel ángel peregrino,
diciendo, señores míos, que con sollozos se queja,
yo vengo por esa prenda, diciendo: dueño querido
y me la tienen de dar hoy la muerte te se llega,
por voluntad, ò por fuerza. porque te miro cercado
Desque oyen estas razones de tanta gente perversa
como dos serpientes fieras, que te tiran sin piedad,
arrancando las espadas, à dar muerte à mi presencia,
à don Carlos se vinieran, mas si he de vivir sin tí,
mas fueron bien recibidos no quiero la vida, muera
porque à la prontitud diestra yo también, que he sido causa
de la voz de una pistola que en ese lance te veas,
con dos balas le penetra que así llevaré con gusto
los pechos à su contrario, el morir en tu presencia,
y el tío, que aquesto viera, dixo, y cambiando de trage,
bufa como un toro herido; calzon, colete, y montera,
pero pagó con la mesma dos pistolas, y una espada,
cantidad que su sobrino, salió à la calle ligera
y allí fueron à dar cuenta por amparar à su dueño:
al supremo tribunal recibió aquesta doncella
de Dios, alcancen clemencia. tres heridas en el pecho,
A este tiempo los sobrinos y un balazo en la siniestra
toda la casa rodean, se tendió sobre la tierra.
avisan à la justicia Y viendo el señor don Carlos
la qual vino muy ligera, herida su amada prenda,
diciendo, date à prision se mete por las espadas
ò à la muerte te condenas; como por su casa mesma,
pero arrancando el trabuco atropellando contrarios,
hizo su oficio la piedra que el enojo no le dexa
desabrochando la ira.

Hoy la muerte te se llega,
porque te miro cercado
de tanta gente perversa
que te tiran sin piedad,
à dar muerte à mi presencia,
mas si he de vivir sin tí,
no quiero la vida, muera
yo también, que he sido causa
que en ese lance te veas,
que así llevaré con gusto
el morir en tu presencia,
dixo, y cambiando de trage,
calzon, colete, y montera,
dos pistolas, y una espada,
salió à la calle ligera
por amparar à su dueño:
recibió aquesta doncella
tres heridas en el pecho,
y un balazo en la siniestra
mano, con que desmayada
se tendió sobre la tierra.
Y viendo el señor don Carlos
herida su amada prenda,
se mete por las espadas
como por su casa mesma,
atropellando contrarios,
que el enojo no le dexa



| | |
|---------------------------------|-----------------------------|
| herir, con que despoblando, | para ponerlos en cura |
| y con gran liberalidad, | por si la justicia entra, |
| hizo paso franco, y toma | que tambien el caballero |
| el amparo en una iglesia | sacó once heridas adversas. |
| con su dueño, que en los brazos | Adonde lo dexaremos |
| como amante se lo lleva. | en esta parte primera, |
| Cercaron todo el convento, | que prometo à mi auditorio |
| de la serafica Regla, | en la segunda, que queda |
| de el que es precursor del sol, | referir mas por extenso |
| y los padres con presteza | el fin de aquesta doncella, |
| por unas tapias los sacan, | y de su querido amante |
| pasandolos à otra iglesia | en toda la verdad cierta. |

FIN.





D. CARLOS

UDARCA,

Y

DOÑA ISABEL DE CONTRERAS.

SEGUNDA PARTE.

Supuesto, noble auditorio,
que en la otra parte primera

dixe, que daría fin
à toda aquesta tragedia.



pasados quarenta días,
con muy poca diferencia,
don Carlos se vido sano,
y sus cicatrices buenas;
preguntando por su dueño
los padres dan por respuesta
que en las monjas Capuchinas
se depositó, y que sepa,
que todavía está mala;
pero vea lo que intenta,
para salir de aquel pueblo,
que con pesquisas ligeras,
y requisitorias largas,
que à toda España rodean,
procuran de dar con él,
y le tendrá mala cuenta.
Oyendo aquestas razones,
dispuso ver à su prenda,
y para la execucion
fue à las monjas, y se llega
al torno, y dando dos golpes
le respondió la portera,
y le dice: madre mia,
sabrà usted si ya está buena
una señora, que vino
herida, y para mas señas,
doña Isabel es su nombre,
y su apellido Contreras?
la monja le respondió:
ya esa señora está buena;
pero todavía débil,
puesta en la convalecencia
asiste, si usted quisiere
que lleve, ò diga qualquiera
recado, que usted me mande,
lo haré con pronta obediencia.
Pues tome, madre, este anillo,
y díglele à esa doncella
si lo conoce, que aguardo

en el libratorio, y sea
quanto antes su venida,
y que sino, la respuesta.
Con esto se lo entregó,
y la monja à grande priesa,
se lo ha dado à la señora,
la qual en verle se alegra,
y sin detenerse un punto
baxó por las escaleras,
y así que vido à su dueño,
uno y otro vierten perlas
por los ojos de contento,
y le dice la doncella:
dime mi bien lo que haremos,
ya estás tu sano, y yo buena,
y por aquestos contornos
nos tiene muy mala cuenta
de quedarnos, con que así
puedes elegir qualquiera
medio para que salgamos,
pues que dices, que en Valencia,
tienes todos tus parientes,
discurro, que fuera buena
idea el irnos allá,
gozaremos de la iglesia
sus divinas bendiciones,
que puede ser, que así tengan
descanso nuestras fatigas
y alivio en todas las penas;
¿que te parece don Carlos?
decis bien, señora, sea
quanto antes el viage:
y recogiendo de priesa,
joyas y galas costosas,
con cantidad de moneda,
salieron en un caballo,
la vuelta para Valencia,
toman, sin hacer parada
en posada, casa, ò venta;



siempre caminan de noche,
y una mañana que apenas
el claro y luciente Febo
daba luz à las tinieblas,
del camino se apartaron,
tomando una oculta senda
en la cima de un gran monte,
en medio de una arboleda,
se sientan à descansar,
con cariñosas ternezas:
quedó don Carlos dormido;
mas la señora vela,
oyó algun ruido, y volviendo
la cara, vido que eran
diez famosos Vandoleros,
que atemorizan la tierra;
quiso ocultarse, y no pudo,
porque aunque anduvo ligera,
uno de los Vandoleros,
la divisó con presteza,
y à los suyos les ha dicho:
amigos, tenemos presa,
ven ustedes donde están
dos personas, y se prueba,
el ser la una muger;
vamos à ver como queda
nuestra fortuna, que bien
parece gente de prendas.
La señora con sollozos
que enternecia las piedras,
despertó à su fino amante,
diciendo de esta manera:
levanta dueño querido,
que hoy la vida se nos queda
en manos de estos Vandidos:
prenda mia, y quantas penas
à mi corazon ahogan!
Pues veo tantas tragedias
como nos estan pasando,

siendo la causa yo mesma,
y estando en estas razones,
don Carlos, que se recuerda,
oyendo aquestos lamentos,
le dice: queridas prenda,
¿que tienes? ¿por qué suspiras?
¿Quién ofende tu belleza?
Y rodeando la cara,
viendo pronta la evidencia:
Se levantó presuroso
con el trabuco, y se queda
plantado, diciendo: amigos,
no pasen siquiera
un paso, porque à no hacerlo
hemos de regar la tierra
con la púrpura, que está
encerrada en vuestras venas.
Mas viendo tal desahogo
los vandoleros, se quedan
pasmados de su osadía,
el capitan les dixera:
matadlo, ¿a quando se aguarda?
Don Carlos que aquesto oyera,
el corazon le partió
à el caudillo, y tambien dexa
à otro compañero herido.
Aquí si fue la pendencia
mas reñida que se ha visto,
y en las historias se cuenta;
le mataron el caballo
y le han quebrado una pierna,
no del todo, pues que pudo
montar con libealeza
en otro soberbio bruto
y al que no mata, atropella,
colérico y enojado:
la señora quasi muerta,
muy desmayada decia:
asiste fortuna adversa,



con que rigor me maltratas;
 en mí se empleò tu rueda.
 Huyeron tres vandoleros, non
 y los otros siete quedan
 difuntos en las estacadas,
 Dios les dê pla gloria eterna;
 don Carlos que se quedó
 con la victoria, se llega
 à su querida, y le dice:
 levanta, hermosa azucena,
 nos iremos à un lugar
 que de aqui dista tres leguas,
 para curarme esta herida,
 que saliendo con presteza
 al amanecer el dia

entraremos en Valencia,
 y à casa del Arzobispo
 se fueron à darle cuenta.
 Llegaron, como se ha dicho,
 y su Ilustrisima queda
 admirado, solo en ver
 lo que el amor à tropella,
 les echò las bendiciones,
 y con esplendidas mesas
 se celebraron las bodas,
 y apadrinados los dexa
 con el Virey, y el autor
 pone el fin, que es la diadema,
 que corona qualquier obra
 para que sea perfecta.

F I N.

EN VALENCIA:

Imprenta y librería de Manuel Lopez,

calle de Bordadores, núm. 11.

Año 1814.

